

El

C

E

L

U

L

A

R

**En esta oportunidad contamos con la colaboración del académico del Departamento de Ingeniería Civil, Sección Transportes, Sergio Jara Díaz, quien escribió un ameno cuento.**

Mi amigo Edison va llegando a los cincuenta. Es de los tipos más ingeniosos que he conocido. Y no sólo en términos de las ocurrencias divertidas que lanza en medio de una conversación. También muestra gran imaginación cuando se trata de resolver problemas prácticos, domésticos. Pero, por alguna razón, su ingenio no le ha ayudado a escapar del «síndrome noventista»: tiene una facilidad enorme para adquirir compromisos que, luego, cuando hay que cumplirlos, suman bastante más que las veinticuatro horas que tiene el día. Conversamos mucho.

- Edison ¿no te molesta esto de tener «tantas» cosas pendientes?
- Mmm. Hay que reconocer que a veces llega a ser un poquito cargante. La verdad es que hay momentos en que se acumula tal cantidad de asuntos pendientes que no sé por cual empezar.
- ¿Y qué haces entonces, amigo?
- Ah, bueno, Ahí les doy un tratamiento igualitario
- O sea, trabajas un poco en cada cosa...
- No ( y se ríe, consciente de la verdad tragicómica de su procedimiento), las postergo todas.

El problema es que esto ha terminado por hacerle daño a Edison. Quiero decir daño «físico». Con frecuencia pasa noches en vela, y se queda dormido en actividades diurnas. Y en cada cosa que hace no puede mostrar su real capacidad creativa, porque debe hacerlas contra el tiempo. A nadie extrañará que, frente a este panorama, Edison haya desarrollado una úlcera estomacal. Quienes lo conocemos más de cerca y por un período prolongado, nos hemos tratado de explicar no tanto el origen sino la mecánica de mantenimiento de esta actividad autodestructiva, sobre todo por parte de un individuo tan inteligente como nuestro amigo. Y hemos llegado a un modelo que explica bastante bien la dinámica del asunto. La idea central es que Edison siente precisamente que su gran gracia ( y tal vez la percibe como su «única» gracia) es su capacidad intelectual; traducido a términos de su relación con los demás, él necesita sentir que tal cualidad es apreciada. Ahora bien: al involucrarse en gran cantidad de actividades y adquirir otro tanto equivalente de compromisos, empezó a realizarlas de forma inadecuada con resultados normalmente mediocres o malos. Al notar un comienzo de dudas con respecto a su capacidad por parte de su entorno inmediato, procedió a contrarrestar esa imagen mostrando más «capacidad»... aceptando más compromisos. Y el círculo vicioso continúa.

Más allá de los factores sociológicos que contribuyen a explicar por qué los individuos hoy, en nuestro país, parecen estar sobrecargados de trabajo en forma «voluntaria», hay un elemento característico del trabajo intelectual que parece contribuir a este fenómeno: la difi-



cultad de estimar los reales requerimientos de esfuerzo y tiempo necesarios para llevarlo a cabo. Traté de explicarlo a Edison haciendo un símil con el trabajo físico.

- Mira ¿Qué haces si tu señora te pide que cargues un balón de gas licuado desde la calle al interior de tu casa?

- Lo cargo, pues. No querrás que lo lleve ella...

- Bien, bien. ¿Y si te pide que lleves «dos balones a la vez»?

- También puedo. ¿Qué tiene que ver...?

- Momento ¿Y tres balones?

- Por supuesto que no. Pero no se dónde quieres llegar.

- Mi punto es el siguiente, Edison. Tenemos clara conciencia de nuestras limitaciones físicas y sabemos cuándo nuestra capacidad podría ser sobrepasada con riesgo para nuestro organismo. Pero si te piden que te involucres en un estudio, que des un charla, que seas secretario de la Sociedad X, encargado en la Junta de Vecinos, que te comprometas en una serie de proyectos profesionales, o que asesores a un comité parlamentario, etcétera, entonces todo parece posible y honorífico; más tarde no puedes cumplirlo y viene lo peor: la incapacidad para reconocer las propias limitaciones en el terreno del trabajo intelectual.

- Pero si yo hago las cosas. Tarde, pero las hago.

Edison no pierde nunca. Y el empedrado toma variadas formas: los amigos, su señora, los colegas, la burocracia, la idiotez humana, y así. Un día, entro a su oficina ( que tiene teléfono, por supuesto) y lo encuentro utilizando un celular. Edison termina la conversación, deja el aparato en el interior de su maletín y me mira triunfante.

- Listo, Solucionado el problema

- ¿Qué ha sucedido, Edison? ¿De qué problemas hablas?

- De ninguno en particular. O de todos, más bien. Ya no podrás retarme por estar unibicable...

(Fantástico mi amigo; el problema sería la actitud de los demás)

- Pero si yo no creo que sea ése tu problema. En todo caso...

Sin escucharme, continúa.

- ....ni nadie más tendrá que andarme dejando recados; ahora podrán hablar conmigo «directamente en « cualquier momento.

No puedo creerlo, simplemente enmudezco.

- ¿Viste? No te lo esperabas. Solucionado.

- Pero Edison. Esto es espantoso. Cómo no te das cuenta del error, de la trampa. Hasta aquí, no cumplir tus compromisos provoca que la gente te persiga...

- ¡Justo! Ese problema se acabó

- ¡Pero ahora te van a encontrar! ¿Y te van a exigir que cumplas! Ni siquiera tendrá la posibilidad de tu «tratamiento igualitario»...

- No te entiendo. Nunca estás conforme.

- Pero si el problema no es mío; es «tuyo».

Desde entonces nuestras reuniones tienen un nuevo invitado: el teléfono celular. Y lo llaman poco. Edison es el que llama más. Un día me lo llevé a tomarse un trago y conversar de nuestras vidas con ánimo amistoso. Inmediatamente después de ordenar los piscosour sonó el aparato. Era su señora que quería saber dónde y con quién estaba. Tuve que hablar con ella. Gran solución, la de Edison.